

glesa... No la mujer, el casamiento te repugnaba. (Fernando, que al principio se queda como petrificado, hace ademán de irse.) ¿Adónde vas? ¡Detente! ¿Es así como me muestras el debido respeto? (El Mayor retrocede.) Han anunciado ya tu visita en casa de la Inglesa. He dado al Príncipe mi palabra. La ciudad y la corte entera lo saben... Si me dejas por embustero ante el Príncipe, oh joven... ante lady Milford, ante la ciudad... si me dejas por embustero ante la corte... entonces, oh joven, podré aludir yo á ciertas historias... ¡Detente! ¡Hola! ¿qué significa ese rubor repentino que enciende tu rostro?

FERNANDO. (Blanco como la nieve, y temblando.)—¿Cómo? ¿Qué? Nada hay de cierto en eso, padre mío.

EL PRESIDENTE. (Echándole una mirada terrible.)—¿Y si lo es?... ¿y si encuentro yo la causa de esa resistencia tuya?... ¡Ah, joven! La sola sospecha de su certeza me hace delirar de rabia. ¡Véte ahora mismo! La parada comienza. ¡A casa de Milady, en cuanto sepas la palabra de orden!... Si yo me presento, el Ducado tiembla. Veremos si la obstinación de un hijo me doma. (Se aleja y vuelve.) ¡Te repito, joven, que has de ir allá, ó huir de mi enojo! (Vase.)

FERNANDO. (Como si despertara de una pesadilla.) — ¡Se ha ido! ¿Era esa la voz de mi padre?... Si; iré... yo iré... le diré ciertas cosas... le presentaré un espejo... ¡infame! y si entonces insistes en pedir mi mano... ante toda la nobleza, el ejército y el pueblo... revístete con todo el orgullo de tu Inglaterra... yo, joven alemán, te rechazo ignominiosamente. (Vase corriendo.)

ACTO II.

ESCEÑA PRIMERA.

Sala en el palacio de lady Milford; á la derecha un sofá, y á la izquierda un piano.

MILADY, vestida á la negligé, aunque de una manera encantadora, sin peinarse, está sentada en el piano preludiando; SOFÍA, su doncella de cámara, deja al mismo tiempo la ventana.

SOFÍA.—Los oficiales se separan. Terminó la parada... pero yo no he visto á Walter.

MILADY. (Muy inquieta, levantándose, y paseándose por la sala.)—No sé cómo me encuentro hoy, Sofia... Jamás me he sentido así... ¿No lo has visto, pues?... Sin duda... No se apresurará... Como un crimen pesa sobre mi conciencia... ¡Véte, Sofia!... que me enjaecen el caballo más fogoso de la caballeriza. Quiero correr al aire libre... ver hombres y el cielo azul, y me aliviaré acaso cabalgando.

SOFÍA.—Si os sentís molesta, Milady... reunid aquí gente; que el Duque juegue, ó poned ante vuestro sofá la mesa del hombre. Si el Príncipe y toda su corte dependieran de mí, y me pasase por la imaginación algún capricho...

MILADY. (Dejándose caer en el sofá.)—Suplícote que te compadezcas de mí. Un diamante te doy por cada hora en que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

me libres de ellos. ¿He de tapizar mi gabinete con tales personajes?... Son bribones ó miserables que se asustan cuando se me escapa alguna palabra generosa, y abren boca y narices como si contemplaran un fantasma... esclavos de un muñeco, que yo manejo tan fácilmente como mi hilo... ¿Qué he de hacer con esos seres, cuya alma se mueve con tanta uniformidad como sus relojes? ¿Qué placer me ofrecerá preguntarles algo, si ya de antemano conozco sus respuestas? ¿He de hablar con ellos, si su opinión, con toda certeza, ha de ser igual á la mía?... ¡Lejos de mí! Es triste montar un caballo que ni aun tascar el freno sabe. (Acércase á la ventana.)

SOFÍA.—Sin embargo, exceptuaréis sin duda al Príncipe... al más bello... al amante más apasionado... al ingenio más agudo de todo el Reino.

MILADY. (Que vuelve.)—Porque este Reino es suyo... y sólo un principado, oh Sofía, puede servir de tolerable excusa á mi capricho... ¿Dices que me tienen envidia? ¡Pobrecilla! Lástima debieran tenerme. Entre todos los que viven á expensas de la Majestad soberana, el más desdichado es la favorita, porque ella sola conoce la pequeñez del rico y del poderoso Príncipe... Verdad es que, en virtud de su poder, evoca de la tierra la satisfacción de mis deseos, como si dispusiera de un talismán encantado... Haría servirme á la mesa manjares de las dos Indias... trocaría desiertos en paraísos... haría llegar hasta las nubes las fuentes de su territorio, ó gastaría en fuegos artificiales la médula de los huesos de sus súbditos... Pero ¿puede también ordenar á su corazón que lata con fuego y con grandeza, al compás de otro corazón grande y fogoso? ¿Puede sugerir á su cerebro árido un sólo pensamiento bello?... Siento el hambre, estando hartos mis sentidos. ¿Para qué me aprovechan mis buenas ideas, si sólo he de ahogar emociones?

SOFÍA. (Observándola admirada.)—¿Cuánto tiempo hace, Milady, que estoy á vuestro servicio?

MILADY.—¿Lo dices porque hoy me conoces al fin?... Verdad es, querida Sofía... He vendido mi honor al Príncipe, pero mi corazón se ha quedado libre... un corazón, bien mío, acaso digno de un hombre... sobre el cual el aire persistente de la costa se ha deslizado como el aliento sobre un espejo... Créeme, querida; tiempo largo ha que hubiese abandonado á este pobre Príncipe, si mi ambición no se resistiera á ceder á otra mi rango en la Corte.

SOFÍA.—Y ese corazón ¿se ha sometido á vuestra ambición tan voluntariamente?

MILADY. (Animada.)—¿Como si no se hubiese ya vengado!... ¿Como si no se vengara ahora mismo!... ¡Sofía! (Con intención, y poniendo su mano en el hombro de Sofía.) Nosotras las mujeres hemos de elegir entre señores y esclavos; pero el placer más sublime del mundo es sólo un auxiliar miserable, si nos está vedado el supremo, el de ser esclavas del hombre á quien amamos.

SOFÍA.—Verdad, Milady, aunque no esperaba nunca oírlo de vuestros labios.

MILADY.—¿Y por qué no, mi Sofía? La manera pueril con que llevamos el cetro ¿no demuestra que sólo servimos para gastar andadores? ¿No observas que mis caprichos superficiales... que mis placeres ruidosos no se proponen otro fin que ahogar pasiones indomables que bullen en mi pecho?

SOFÍA. (Retrocediendo asustada.)—¿Señora!

MILADY. (Con más calor.)—¡Satisfácelas! ¡Dame el hombre por quien suspiro... á quien adoro... que muera yo, Sofía, ó que sea mío! (Con ternura.) Oiga yo de su boca que las lágrimas del amor son más bellas en nuestros ojos que los diamantes en nuestra cabeza... (Con entusiasmo.) y depongo á los pies del Príncipe su corazón y su principado, y huyo

con este hombre, huyo con él al desierto más remoto del universo.

SOFÍA. (Mirándola horrorizada.)—¡Cielos! ¿Qué hacéis? ¿Qué tenéis, Milady?

MILADY. (Conmovida.)—¿Palideces? ¿He dicho demasiado? Que mi confianza en tí selle tus labios... Oye más... óyelo todo.

SOFÍA. (Mirándola con angustia.)—Temía, Milady... temía... no quiero oír más.

MILADY.—El casamiento con el Mayor... tú y todos lo califican de intriga cortesana... Sofía... no te ruborices... no me censures... es la obra... de mi amor.

SOFÍA.—¡Santo Dios! Ya lo presumía.

MILADY.—Se han dejado engañar, Sofía, el débil Príncipe... el sagacísimo Walter... el estúpido Mariscal... Todos y cada uno de ellos jurarán que es el medio infalible de asegurarme el Duque, de estrechar más nuestra unión... Si... de romperla para siempre, de romper para siempre estas cadenas vergonzosas... ¡Impostores engañados! ¡vencidos por una débil mujer! Vosotros mismos me traeréis á quien amo. He aquí lo que yo pretendía... Téngalo al fin.. téngalo yo... y entonces, ¡adiós para siempre, abominable poder!

ESCENA II.

LOS MISMOS y un viejo AYUDA DE CÁMARA del Príncipe con un estuche de joyas.

EL AYUDA DE CÁMARA.—S. A. S. el Duque saluda á Milady, y le envía estos brillantes para su boda. Llegan ¡ahora de Venecia.

MILADY. (Que abre el estuche, y retrocede horrorizada.)—¿Cuánto han costado estas joyas al Duque?

EL AYUDA DE CÁMARA.—No le cuestan nada.

MILADY.—¿Cómo? ¿Estás loco? ¿Nada?... y (Alejándose de él un paso.) ¡tú me miras como si quisieras atravesarme el corazón!... ¿Nada le cuestan estas pedrerías, de un precio incalculable?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Ayer salieron para América siete mil jóvenes del país... que lo pagan todo.

MILADY. (Que deja en la mesa el estuche de repente, se pasea por la sala, y después de una pausa se vuelve hacia el Ayuda de cámara.) ¿Qué tienes, hombre? ¿Lloras acaso?

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que se enjuga las lágrimas, con voz cavernosa y temblando.)—Piedras preciosas como éstas... me cuestan también dos hijos.

MILADY. (Que se vuelve también azorada, y coge su mano.)—Pero no á la fuerza...

EL AYUDA DE CÁMARA. (Sonriendo horriblemente.)—¡Oh Dios!... No... sin duda voluntarios... Verdad es que algunos aturdidos, saliéndose de las filas, preguntaron á los coroneles cuánto daban al Príncipe por la esclavitud de sus súbditos... Pero nuestro clemente Soberano llevó á los regimientos á la plaza de Armas, é hizo fusilar á los habladores... Oímos sonar las descargas, vimos los sesos por el suelo, y todo el ejército gritó: «¡Viva! ¡A América!»

MILADY. (Dejándose caer horrorizada en el sofá.)—¡Dios mío, Dios mío!... ¡No oír yo nada! ¡No notar nada!

EL AYUDA DE CÁMARA.—Sí, bondadosa señora... ¿Por qué en compañía de nuestro Duque cazabais los osos, cuando tocaban la marcha de despedida?... No debierais haber faltado en el instante solemne, en que anunciaron los tambores la partida, cuando pobres huérfanos, llenando los aires con sus clamores, seguían á sus padres, ó madres desesperadas corrian de aquí para allá para ensartar en las ba-

yonetas á sus niños de pecho, ó se separaba á sablazos á los novios, ó estábamos allí los ancianos desolados, y algunos tiraban sus muletas deseando acompañar al Nuevo Mundo á los... ¡Oh! y todo esto al són de los tambores para que nada oyera el que todo lo oye.

MILADY. (Levantándose muy conmovida.)—¡Llevaos esas joyas!... iluminan mi corazón con resplandores infernales. (Con dulzura, al Ayuda de cámara.) ¡Sosiégate, pobre anciano! ¡Volverán! ¡Verán de nuevo á su patria!

EL AYUDA DE CÁMARA.—¡Dios sólo sabe... si eso será!... Todavía, al llegar á las puertas de la ciudad, gritaban mirando hacia atrás: «¡Quedaos con Dios, mujeres é hijos!... ¡Viva nuestro Soberano!... ¡Hasta el día del juicio!»

MILADY. (Paseándose muy agitada.)—¡Abominable! ¡Horrible!... Decíanme que yo había enjugado todas las lágrimas de este país... La verdad, en su espantosa desnudez, me abre los ojos... Anda... di á tu señor... ¡yo le daré las gracias personalmente! (El Ayuda de cámara hace ademán de irse, y ella le echa en el sombrero una bolsa de dinero.) Y toma esto por haberme dicho la verdad.

EL AYUDA DE CÁMARA. (Devolviéndosela con desprecio.)—Juntadla con lo demás.

MILADY. (Siguiéndolo admirada con la vista.)—¡Corre tras él, Sofía, y preguntale su nombre! Verá de nuevo á sus hijos. (Vase Sofía; Milady se pasea meditando; á Sofía, que vuelve.) ¿No has oído decir hace poco, que el fuego había devorado una población de la frontera, y reducido á la miseria á cuatrocientas familias? (Llama.)

SOFÍA.—¿Qué idea es ésta ahora? Sin duda es así, y la mayor parte de esos desdichados, en la actualidad, sirven á sus acreedores como esclavos, ó perecen en las minas de plata de nuestro Príncipe.

UN CRIADO. (Que llega.)—¿Qué manda Milady?

MILADY. (Dándole el estuche.)—¡Que lleven esto sin tar-

danza á esa región abrasada!... Que se vendan al punto esas joyas, que yo lo ordeno, y que su precio se distribuya entre las cuatrocientas familias arruinadas por el incendio.

SOFÍA.—Reflexionad, señora, que os exponéis á la mayor desgracia.

MILADY. (Con dignidad.)—¿Y he de llevar la maldición de todos sobre mi cabeza? (Hace una señal al criado, y este se va.) ¿Quieres acaso que yo sueumba bajo el peso de tantas lágrimas? Anda, Sofía... Vale más piedras falsas en los cabellos, que soportar ese peso en el corazón.

SOFÍA.—¡Pero alhajas como esas! ¿No hubierais podido dar las peores? En verdad, Milady, que vuestra conducta es imperdonable.

MILADY.—¡Loca! En cambio se derramarán en mi honor más perlas y brillantes que las que adornan las diademas de diez reyes, y más bellas...

EL CRIADO. (Que vuelve.)—¡El Mayor Walter!

SOFÍA. (Acercándose á Milady.)—¡Dios mío! ¿Qué pálida os ponéis!

MILADY.—El primer hombre que me asusta... ¡Sofía!... (Al criado.) ¡Me siento mal, Eduardo!... Detente!... ¿Parece alegre? ¿Se ríe? ¿Qué dice? ¡Oh Sofía! ¿No es verdad que he de parecerle antipática?

SOFÍA.—Oz suplico, Milady...

EL CRIADO.—¿Ordenáis que lo despida?

MILADY. (Balbuceando.)—Será bien venido para mí. (Vase el criado.) Habla, Sofía... ¿qué le digo? ¿Cómo lo recibo? Quedaré muda... se burlará de mi debilidad... me... ¡oh! ¡qué triste presentimiento!... ¿Me abandonas, Sofía?... ¡quédate!.. Pero no... véte... ¡No, no te vayas! (El Mayor atraviesa la antesala.)

SOFÍA.—¡Reanimaos! ¡Ahi está ya!

ESCENA III.

Los mismos.—FERNANDO WALTER.

FERNANDO. (Haciendo una ligera cortesía.)—Si os interrumpo, señora...

MILADY. (Latiéndole el corazón visiblemente.)—Nada, señor Mayor. ¿Qué cosa más importante para mí?...

FERNANDO.—Vengo por orden de mi padre...

MILADY.—Se lo agradezco en el alma.

FERNANDO.—Para anunciaros que nos casamos... Tal es la comisión de mi padre.

MILADY. (Que se pone descolorida, y tiembla.)—¿No el lenguaje de vuestro corazón?

FERNANDO.—Los Ministros y los alcahuetes no se ocupan nunca en esto.

MILADY. (Tan angustiada, que no puede hablar.)—Y ¿por vuestra parte nada tenéis que añadir?

FERNANDO. (Mirando á Sofía.)—Mucho.

MILADY. (Haciendo una seña á Sofía, que se aleja.)—¿Queréis tomar asiento en este sofá?

FERNANDO.—¡Seré conciso, Milady!

MILADY.—Y bien...

FERNANDO.—Soy un hombre de honor.

MILADY.—A quien estimo como es justo.

FERNANDO.—Un caballero.

MILADY.—El mejor del Ducado.

FERNANDO.—Y oficial.

MILADY. (Con lisonja.)—Cualidades son esas comunes á otros ¿Por qué omitís las que os son peculiares?

FERNANDO. (Con frialdad.)—Ahora son inútiles.

MILADY. (Con angustia creciente.)—Pero ¿qué debo pensar de ese exordio?

FERNANDO. (Lentamente, y con intención.)—Como el reproche del honor, si tenéis el capricho de forzarme á daros la mano.

MILADY. (Levantándose.)—¿Qué significa esto, señor Mayor?

FERNANDO. (Con calma.)—El lenguaje que me sugieren mi corazón... mi nobleza... y esta espada.

MILADY.—El Príncipe os dió esa espada.

FERNANDO.—Me la dió la Patria por mediación del Príncipe... Dios, mi corazón... y mi nobleza, cinco siglos.

MILADY.—El nombre del Duque...

FERNANDO. (Con calor.)—¿Puede acaso el Duque quebrantar á su capricho las leyes humanas, labrar acciones como labra moneda?... Él mismo no puede elevarse sobre el honor, pero sí sellar sus labios con oro. Puede ocultar la vergüenza bajo su manto de armiño. Por Dios, Milady, no hablemos más de esto... La cuestión no es ahora sobre proyectos frustrados, ni sobre antigüedad de la alcurnia... ni sobre la milicia... ó la opinión pública. Estoy dispuesto á hollar todo esto bajo mis plantas, si llegáis á convenirme de que el precio del sacrificio no es peor que el sacrificio mismo.

MILADY. (Alejándose de él atigida.)—¡Señor Mayor! Sois injusto conmigo.

FERNANDO. (Tomando su mano.)—Perdonadme. Hablemos aquí sin testigos. La circunstancia que nos reúne á los dos ahora, nunca más en adelante, me autoriza, me obliga á revelaros mis sentimientos más secretos... No puedo explicarme que una señora de tanta belleza y tanto talento... prendas ambas tan estimadas por todos los hombres, se haya entregado á un Príncipe que sólo admira en ella á

su sexo, y que esta misma señora no se avergüence de ofrecer su corazón á otro.

MILADY. (Mirándolo fijamente con dignidad.)—¿Decidlo todo sin miedo!

FERNANDO. — Os llamáis inglesa. Permitidme... yo no puedo creer que lo seáis. La hija libre de la nación más libre del orbe... y tan orgullosa, que ni aun alaba la virtud extranjera... jamás puede ser esclava del vicio extranjero. No es posible que seáis inglesa... ó el corazón de esta inglesa es tan pequeño, como grande y osado el que late en el pecho de sus conecudadanos.

MILADY.—¿Habéis concluido ya?

FERNANDO.—Se podría responder que es vanidad mujeril... pasión... temperamento... inclinación al placer; que es ya harto frecuente que la virtud sobreviva al honor; que muchas, después de deshonorarse, se han reconciliado más tarde con el mundo por sus nobles acciones, y redimido su vergonzoso tráfico, haciendo de él un uso benéfico... Pero ¿cuál es la causa de que este país se vea atormentado de tan insoportables exacciones, antes desconocidas?... Y esto se hace en nombre del Duque... He concluido.

MILADY. (Afable y dignamente.) — Por vez primera, oh Walter, suenan tales discursos en mis oídos, y sois también el único hombre, á quien yo, después de escucharlos, contesto. Al rechazar mi mano, os estimo; os perdono que me calumniéis, pero no creo que lo hagáis seria y de liberadamente. Cualquiera que se singulariza, ofendiendo de ese modo á una señora, que puede perderlo en una sola noche, ó sabe que esa señora es demasiado generosa, ó carece de razón... Que Dios Omnipotente, el que nos reunirá más adelante al Príncipe, á vos y á mí, os perdone el cargo que me hacéis de causar yo la ruina del país... Pero en mí habéis provocado á las inglesas, y á tales inyectivas debe contestar mi Patria.

FERNANDO. (Apoyándose en su espada.) — Tengo curiosidad de oiros.

MILADY.—Sebed, pues, lo que, excepto á vos, á nadie he confiado, ni á nadie confiaré... Yo no soy, oh Walter, la aventurera que creéis. Podría envanecerme y afirmar que soy de sangre de Príncipes, de la familia desdichada de Tomás Norfolk, que se sacrificó por María, Reina de Escocia... Mi padre, primer chambelán de Palacio, fué acusado de traición por mantener relaciones con Francia, condenado por un fallo del Parlamento, y decapitado... La Corona se apropió nuestros bienes. Fuimos todos desterrados. Mi madre murió el mismo día del suplicio de mi padre. Yo... niña de unos catorce años... me refagié en Alemania con mi aya... una cajita de joyas... y esta cruz de mi familia, que mi madre moribunda me puso al cuello con sus manos. (Fernando se queda pensativo, y la mira con interés; ella prosigue con mayor animación.) Enferma... sin nombre... sin apoyo ni fortuna. Yo nada sabía más que algunas palabras de francés... labores ligeras de aguja... y tocar el piano... y en cambio sabía comer en vajilla de oro y plata, dormir bajo colchas de damasco, poner en movimiento á diez criados á una leve señal, y escuchar las lisonjas de los grandes... Seis años trascurrieron así llorando... Mi última joya voló... Mi aya murió, y mi destino condujo á Hamburgo á vuestro Duque. Paseándome un día á orillas del Elba, observé su corriente, y comencé á cavilar si sus aguas serian más profundas que mi dolor... El Duque me vió, me siguió, y averiguó en dónde vivía... postróse á mis pies, y juró amarme. (Detiénese conmovida, y después prosigue con voz lastimera.) Todas las imágenes de mi infancia reaparecieron con su brillo seductor... Lo porvenir, inconsolable, se me ofrecía negro como la tumba... Mi corazón ardía en deseos de encontrar otro corazón... Yo me entregué al suyo. (Alejándose de él.) Condenadme ahora.

FERNANDO. (Muy conmovido, corre á ella, y la detiene.)—¡Milady! ¡Oh cielos! ¿Qué digo? ¿Qué he hecho?... Mi falta es horrorosa. No es posible que me la perdonéis.

MILADY. (Que vuelve, é intenta animarse.) — ¡Oid más! El Príncipe, á la verdad, sorprendió mi juventud inexperta; pero la sangre de los Norfolk, rebelándose, me decía: «Tú, Emilia, Princesa por tu nacimiento, ¿has llegado á ser la concubina de un Príncipe?» Mi orgullo y mi destino luchaban en mi pecho, cuando el Duque me trajo aquí, y se presentó ante mis ojos la escena más horrenda... El deleite de los potentados de este mundo es insaciable hiena que busca sus víctimas con hambre jamás harta... Habíase ensañado cruelmente en este país... separando al amante de su amada... rompiendo el santo vínculo del matrimonio... ya acabando con la tranquila felicidad de las familias... ya infundiendo contagio pestífero en corazones jóvenes é inexpertos; y discípulas moribundas, entre reproches y maldiciones, se avergonzaban del nombre de su maestro... Yo me interpusé entre el tigre y el cordero; arranqué de los labios del Príncipe un juramento, explotando un instante de pasión, y cesaron desde entonces los sacrificios.

FERNANDO. — (Recorriendo la sala con la mayor inquietud.)— ¡No más, Milady! Basta ya.

MILADY. — A tan triste período siguió otro más triste aún. La Corte y el serrallo estaban llenos de la hez de Italia. Frívolas parisienses jugaban con el temido cetro, y el Pueblo era víctima sangrienta de sus caprichos... Todas ellas desaparecieron. Cayeron á mi vista en el polvo una tras otra, porque yo sola era más coqueta que todas juntas. Yo arrebaté las riendas al tirano, adormeciéndolo con mis arrullos... Tu patria, Walter, conoció por vez primera que una mano vigorosa la regia, y se abandonó confiada á mi tutela. (Pausa: miralo con dulzura.) ¡Oh! ¿Por qué razón

el único hombre, de quien yo desearía ser conocida, ha de obligarme á alabarme y á hacer ostentación de mi modesta virtud? Yo, Walter, he abierto muchos calabozos... rasgado sentencias de muerte, y abreviado condenas perpetuas á galeras. Bálsamo consolador he vertido por lo menos en incurables heridas... confundido en el polvo á poderosos criminales, y salvado á menudo la causa de la inocencia con mis lágrimas de cortesana... ¡Cuán grato, oh joven, era esto para mí! ¡Con qué orgullo rechazaba mi corazón sus quejas, formuladas por mi sangre aristocrática!... Y el hombre que sólo ahora podía recompensarme... el hombre, que por obra del destino había quizás de indemnizarme de mis anteriores sufrimientos... el que ya abrazaba en mis sueños con ardor...

FERNANDO. (Interrumpiéndola muy conmovido.)— ¡Es demasiado, es demasiado! Esto es contra nuestro pacto, Milady. Deberíais sólo justificaros, y hacéis de mí un criminal. Aborrad... yo os conjuro... ahorradme ese disgusto, y no desgarréis mi corazón, llenándolo de vergüenza y de cruel remordimiento.

MILADY. (Estrechando su mano.)— ¡Ahora ó nunca! La heroína se ha mostrado ya con exceso... tú has de sentir ahora el peso de estas lágrimas (Con mucha ternura.) Oye, Walter, si una desdichada... atraída hacia tí por una fuerza poderosa é irresistible... se acercase á tí rebosando su pecho de amor ardiente é inagotable... ¡Walter! y tú pronunciaras entonces esa palabra fría de honor...; si esa desdichada... bajo el peso de su vergüenza... cansada del vicio... heroicamente exaltada por la voz de la virtud... así... se arrojase en tus brazos... (Lo abraza, y lo conjura solemnemente.) salvada por tí... por tí devuelta al cielo; ó (separando de él su rostro, y con voz temblona y sorda.) habiendo de huir de tu imagen, y obedecer el grito horrible de la

desesperación, para encenagarse aún más en el abismo repugante del vicio...

FERNANDO (Arrancándose de sus brazos, y afligido é inquieto con extremo.) ¡No! ¡por Dios omnipotente! no puedo sufrir esto... Milady, yo debo... mándanme el cielo y la tierra... yo debo hacer una confesión, Milady.

MILADY. (Alejándose de él.)—¡Ahora no! ¡Ahora no, por lo más sagrado!... no en este momento crítico, en que mil agudos puñales llenan de sangre mi corazón... Sea mi muerte ó mi vida... ¡no oso... no quiero oírlo!...

FERNANDO.—Sin embargo, sin embargo, estimable Lady, es preciso. Lo que he de decir os atenuará mi culpa, y me servirá de poderosa excusa de lo pasado... Me engañé al juzgaros, Milady. Esperaba... deseaba encontraros mereedora de mi desprecio. Vine aquí firmemente resuelto á ofenderos, y á excitar vuestro odio... ¡Felices ambos, si hubiese logrado mi propósito! (Deteniéndose, y prosiguiendo con timidez y en voz baja.) Yo amo, Milady... amo á una joven oscura... á Luisa Miller, hija de un músico. (Milady, pálida, se aleja: él continúa más animado.) Sé que abro á mis pies un abismo; pero aunque la prudencia imponga silencio á la pasión, el deber habla tanto más alto... Yo soy el culpable. Yo, el primero, le arrebaté la tranquila paz de su inocencia... infundí en su corazón exageradas esperanzas, y lo hice presa de violentos afectos... Recordaréis mi clase... mi nacimiento... las ideas de mi padre...; pero yo la amo... Mi deseo sube tanto más, cuanto más destrozada se halla la naturaleza bajo el peso de las conveniencias sociales... Mi resolución luchará con las preocupaciones... Veremos si sucumbe la moda, ó si sucumbe la humanidad. (Milady se ha retirado mientras tanto á un rincón de la sala, y se oculta el rostro entre las manos. Él la sigue.) ¿Queréis decirme algo, Milady?

MILADY. (Expresando el dolor más profundo.)—¡Nada, señor

de Walter! Nada, sino que os precipitáis en el abismo, y á mí y á una tercera persona.

FERNANDO.—¿También á una tercera?...

MILADY.—Juntos no podemos ya ser felices. Víctimas nos hace la precipitación de vuestro padre. Nunca será mío el corazón de un hombre que me da á la fuerza su mano.

FERNANDO.—¿A la fuerza, Milady? ¿A la fuerza he de darla, y darla, sin embargo? ¿Podréis obligar á una mano, no á un corazón? ¿Arrebatár á una joven un hombre, que es para ella el mundo entero? ¿A un hombre la doncella, el mundo entero para él? Vos, Milady... hace un instante la sublime inglesa... ¿podéis hacerlo?

MILADY.—Porque debo. (Con energía y seriedad.)—Mi pasión, Walter, cede ante la ternura que me inspiráis. Mi honor no puede ceder... Nuestro enlace es el objeto de la conversación de todo el país. Todas las miradas, todos los dardos de la maledicencia se dirigen contra nosotros. Mi oprobio será indeleble, si un súbdito del Principe me desprecia. Arreglaos con vuestro padre. Defendeos como podáis... yo hago estallar todas las minas. (Vase apresuradamente; el Mayor se queda mudo y estupefacto. Pausa. Después se retira con precipitación.)

ESCENA IV.

Aposento en casa del Músico.

MILLER, SU ESPOSA y LUISA, que entran corriendo.

MILLER. (Muy inquieto.)—¡Ya lo había yo pronosticado!

LUISA. (Con la mayor angustia.)—¿Qué, padre? ¿Qué?

MILLER. (Paseándose como un loco.)—¡Mi vestido de gala,

¡Pronto!... debo anticiparme... ¡y una camisola blanca!...
¡Me lo figuré en seguida!

LUISA.—¡Por Dios! ¿Qué os habéis figurado?

SU MADRE.—¿Qué hay, pues? ¿Qué es ello?

MILLER. (Que tira al suelo su peluca.)—¡Ahora... corriendo á casa del peluquero!... ¿Qué hay? (Poniéndose de un salto delante del espejo.) ¡Y mi barba, también de un dedo de larga!... ¿Qué hay?... ¿Qué será? ¡Di, carroña!... El diablo anda suelto, y la tempestad descargará sobre tu cabeza.

SU MUJER.—¡Es claro! Todo descargará sobre mí.

MILLER.—¿Sobre tí? ¡Si, lengua maldita! y ¿sobre quién había de ser? Hoy por la mañana, con tu endiablado gentil hombre... ¿No lo dije entonces?... Wurm charló ya.

SU MUJER.—¡Ah! ¿Es eso? ¿Cómo lo has de saber tú?

MILLER.—¿Cómo lo he de saber?... Ahí... bajo el dintel de la puerta, hay un dependiente del Ministro preguntando por el músico.

LUISA.—¡Estoy muerta!

MILLER.—Y ¡tú también, con tus ojos de oreja de ratón! (Riese con malignidad.) He aquí la confirmación de lo que se dice: cuando el diablo pone un huevo en una casa, nace al dueño una hija linda... Ahora lo veo manifiesto.

SU MUJER.—¿De dónde sabes tú que se trata de Luisa?... Quizás te hayan recomendado al Duque. Puede quererte para su orquesta.

MILLER. (Cogiendo apresuradamente su bastón.)—¡Caiga sobre tí la lluvia de azufre de Sodoma!... ¡La orquesta!... ¡Si; en la que tú, alcahueta, aullarás de tiple, y mi bastón hará de bajo! (Déjase caer en su asiento.)

LUISA. (Sentándose también, pálida como un cadáver.)—¡Madre! ¡Padre! ¿Por qué mi sobresalto?

MILLER. (Levantándose.)—¡Pero que pase una sola vez ese chupatinta á mi alcance!... ¡que pase!... ya en este mundo, ya en el otro... si no le rompo el cuerpo y el alma, y lo

imprimo en la piel los siete Mandamientos, y las siete súplicas del Padre Nuestro, y todos los libros de Moisés y de los Profetas, de suerte que se conserven las señales hasta el día de la resurrección de los muertos...

SU MUJER.—¡Sí! ¡Jura y alborota! Así ahuyentarás al diablo. ¡Soeórrenos, Dios Santo! ¿En donde refugiarnos? ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de este trance? ¡Miller, di algo! (Corra aullando por el aposento.)

MILLER.—¡Voy á ver al Ministro! Yo mismo le hablaré... Yo en persona se lo diré. Tú lo sabías antes que yo. Podías habérselo indicado. Nuestra hija se hubiese dejado persuadir. Todavía era tiempo... pero no... lo importante era dar pábulo á la crítica; lo importante era que mordiese el anzuelo. ¡Y tú has echado leña en la hoguera!... ¡Bueno! Ahora guarda tu piel de alcabueta. ¡Traga ahora el manjar que has guisado! ¡Yo cargo con mi hija, y atravieso la frontera!

ESCENA V.

LOS MISMOS Y FERNANDO WALTER, que, sin aliento, entra apresuradamente.

FERNANDO.—¿Ha venido mi padre?

LUISA. (Levantándose asustada.)—¡Su padre! ¡Dios Todopoderoso!

SU MADRE. (Juntando las manos.)—¡El Presidente! Todo se acabó.

MILLER. (Riendo con malicia.)—¡Loado sea Dios! ¡Loado sea Dios! ¡Ya empieza la fiesta!

FERNANDO. (Corriendo hacia Luisa, y estrechándola en sus brazos.)—¡Tú eres mía, aunque el cielo y el infierno se interpongan entre nosotros!

LUISA.—¡Mi muerte es segura!... ¡Habla!... Has pronunciado un nombre horrible... Tu padre.

FERNANDO.—Nada. Nada. Ya pasó todo. Tú eres de nuevo mía. Yo soy otra vez tuyo. Déjame respirar en tu pecho. Fué un momento crítico.

LUISA.—¿Cuál? ¿Tú me matas!

FERNANDO. (Que retrocede, y la mira con pasión.)—Un momento, Luisa, en que se interpuso entre ambos una forma extraña... en que mi conciencia hizo palidecer á mi amor, en que mi Luisa dejó de ser todo para su Fernando... (Luisa cae en la silla, tapándose el rostro; Fernando corre á ella, la contempla en silencio é inmóvil, y después la deja de repente muy conmovido.) ¡No! ¡Nunca! ¡Imposible, Milady! ¡Es pedir demasiado! Yo no puedo sacrificarle esta inocente... no, ¡por Dios Todopoderoso! Yo no puedo violar mi juramento, que, como el trueno del cielo, me amenaza desde esos ojos lánguidos... ¡Mira aquí, Milady!... ¡aquí, padre tirano!... ¿Yo he de degollar este ángel? ¿He de abandonar á los tormentos del infierno á esta alma celestial? (Con energía, acercándose de nuevo á ella.) Quiero llevarla ante el trono del Juez Supremo, y si es mi amor un crimen, que el Eterno lo declare. (Le coge una mano, y la levanta de la silla.) ¡ánimate, prenda mía la más querida!... ¡Venciste! Como en triunfo vengo aquí después de peligrosa lucha.

LUISA.—¡No! ¡No! No me ocultes nada. Pronuncia la horrible sentencia. ¿Has nombrado á tu padre? ¿Has nombrado á Milady?... Frio mortal me acomete. Dícese que se casará...

FERNANDO. (Echándose á sus pies, como herido de un rayo.)—¡Conmigo, desdichada!

LUISA. (Después de una pausa, en voz baja y balbuciente, y con horrible calma.)—Y ahora... ¿qué temo ya?... Habíamelo ya dicho con frecuencia aquel anciano, que está allí... y yo nunca lo había creído. (Pausa, después se arroja llorando en

los brazos de Miller. ¡Padre; aquí tienes de nuevo á tu hija!... ¡Perdón, padre!... ¿Qué había de hacer tu hija, cuando tan grato era su sueño... y tan horrible el despertar?...

MILLER.—¡Luisa! ¡Luisa!... ¡Oh Dios! está fuera de sí... ¡Mi hija, mi pobre niña!... ¡Maldito sea tu seductor!... ¡Maldita la mujer que ha patrocinado estos amores!

SU MUJER. (Abalanzándose llorosa á Luisa.)—¡Merezco yo esta maldición, hija mía? Que Dios os perdone, Barón... ¿Qué os ha hecho este cordero, para que lo degolléis?

FERNANDO. (Acercándose á ella.)—Pero yo desharé sus intrigas... romperé todas estas cadenas supersticiosas... Como hombre libre haré mi elección, para que esas almas de reptiles se arrastren alrededor del edificio gigantesco de mi amor. (Quiere irse.)

LUISA. (Se levanta temblando de su sillón, y lo sigue.)—Detente, detente! ¿Adónde quieres...? Padre... Madre... ¿nos abandona en este momento crítico?

SU MADRE. (Corriendo hacia ella, y deteniéndola.)—El Presidente intenta venir aquí... maltratará á nuestra hija... nos maltratará á nosotros... Señor Walter, ¿también nos abandonarás?

MILLER. (Con risa colérica.)—¿Que nos abandona? ¡Sin duda! ¿Por qué no?... ¡Ella se abandonó ya á él en cuerpo y alma! (Cogiendo la mano del Mayor, y la de Luisa.) ¡Paciencia, señor! Para salir de mi casa es preciso pasar por allí... Aguarda primero á tu padre... si no eres un bribón... cuéntale cómo te has insinuado en su corazón, oh seductor, ó por Dios!... (Lanzándole su hija con ira y violencia.) Primero has de aniquilar á este gusano miserable, á quien su amor por tí ha llenado de oprobio.

FERNANDO. (Que retrocede, y se pasea meditabundo.)—Grande es, á la verdad, el poder del Presidente... el derecho de la patria potestad es una palabra de extenso significado...

hasta el crimen puede ocultarse bajo su sombra... y caminar mucho más allá... ¡más allá!... Sin embargo, el amor es en todo exagerado... ¡Aquí, Luisa! ¡Dáme tu mano! (Se la estrecha.) Así Dios no me abandone al exhalar el postrer suspiro... en el momento en que estas dos manos se separen, ¡queda roto todo vínculo entre mi existencia y la creación!

LUISA.—¡Tengo miedo! ¡No me mires! ¡Tus labios tiemblan! ¡Tus ojos se mueven de un modo siniestro!...

FERNANDO.—¡No, Luisa! ¡No tiemblo! ¡No deliro! El más rico presente del cielo es la decisión en el instante crítico, en que el alma oprimida expresa lo que siente de una manera insólita... Yo te amo, Luisa... Tú serás mía, Luisa... Ahora, á ver á mi padre. (Al salir precipitadamente tropieza con el Presidente.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL PRESIDENTE con varios criados.

EL PRESIDENTE. (Al entrar.)—¡Aquí está! (Todos se quedan atónitos.)

FERNANDO. (Retrocediendo algunos pasos.)—En la mansión de la inocencia.

EL PRESIDENTE.—¿En donde el hijo aprende á desobedecer á su padre?

FERNANDO.—Dejadnos que...

EL PRESIDENTE. (Interrumpiéndolo, á Miller.)—¿Este es el padre?

MILLER.—Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE. (A la mujer de Miller.)—¿Y esa la madre?

LA MUJER.—¡Ay de mí! ¡Sí! ¡La madre!

FERNANDO. (A Miller.)—Llevaos de aquí á vuestra hija... pudiera desmayarse.

EL PRESIDENTE.—¡Inútil cuidado! Yo le devolveré el uso de sus sentidos. (A Luisa.) ¿Cuánto tiempo hace que conocéis al hijo del Presidente?

LUISA.—Nunca le he hablado de él. Fernando Walter me visita desde noviembre.

FERNANDO.—Os adora.

EL PRESIDENTE.—¿Os ha hecho alguna promesa formal?

FERNANDO.—Hace pocos instantes las más solemnes ante Dios.

EL PRESIDENTE. (Colérico á su hijo.)—Ya te tocará confesar también tu locura. (A Luisa.) Aguardo vuestra respuesta.

LUISA.—Ha jurado amarme.

FERNANDO.—Y cumplirá su juramento.

EL PRESIDENTE.—¿Será preciso que te mande callar?... ¿Acceptasteis ese juramento?

LUISA. (Con pasión.)—Yo se lo juré también.

FERNANDO. (Con voz firme.)—El pacto es perfecto.

EL PRESIDENTE.—Yo extinguiré hasta su eco. (Con malignidad á Luisa.) ¿Pero os pagó siempre al contado?

LUISA. (Con interés.)—No comprendo esa pregunta.

EL PRESIDENTE. (Con sonrisa forzada.)—¿No? Pues bien; tan sólo quería decir... cada profesión, al parecer, tiene sus emolumentos... no habréis concedido gratis vuestros favores... á no ser que os haya bastado la existencia de la obligación. ¿Qué hay en esto?

FERNANDO. (Fuera de sí.)—¡Infierno! ¿Qué significa esa pregunta?

LUISA. (Al Mayor, con dignidad y desagrado.)—Desde ahora sois libre, señor Walter

FERNANDO.—La virtud, oh padre, hasta en el pordiosero es respetable.